

Sobrevida o lucha: *La guerrilla tupamara* en una encrucijada de la historia uruguaya

Victoria García*

Resumen:

Testimoniante es, al menos en una de sus facetas, el superstes o quien sobrevive, aquel que sobrelleva en su cuerpo-palabra una experiencia pasada de inhumanización que inevitablemente retorna en la presentación espontánea de su recuerdo. En ese sentido el testimonio literario, género que parte importante de la crítica ha instaurado como marca propia de la literatura latinoamericana, emergido hacia el final de la década de 1960, constituye una forma discursiva privilegiada de la vindicación de lo humano frente a sus históricos intentos de destrucción por distintas manifestaciones de la violencia, particularmente la ejercida desde el Estado. Con ese punto de partida, y considerando, por otra parte, la decisiva participación de la Casa de las Américas cubana en los debates literarios de nuestro sub-continente transcurridos en los años '60, el trabajo propone un análisis de la obra premiada en la edición de 1970 de los premios literarios de esa institución, la primera que incluyó al testimonio entre sus categorías genéricas. Se trata de *La guerrilla tupamara*, de la abogada, periodista y escritora María Esther Gilio. La reflexión se centra en las estrategias discursivas con las que el texto revierte la vida como supervivencia padecida por “los de abajo” en Uruguay, pero también en otros países de Latinoamérica, bajo el imaginario de una emancipación popular subcontinental que se presenta como posible en el espacio-tiempo de la escritura, a través de la militancia política y la lucha armada.

* Licenciada en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Docente de la carrera de Letras de la misma institución. Desarrolla un proyecto de investigación de doctorado, financiado por Conicet, centrado en la constitución histórica de la literatura testimonial en América Latina.

Sobrevida o lucha: *La guerrilla tupamara* en una encrucijada de la historia uruguaya

El testimonio constituye, en la lectura que la crítica literaria sobre Latinoamérica le ha dedicado insistentemente desde la década de 1990, un género canónico del arte verbal subcontinental (cf. Beverley 1991: 2), aquel donde habría encontrado una respuesta posible el interrogante recurrente por la forma propia de la literatura latinoamericana. Con la crítica finisecular sobre el testimonio se consolida un proceso de institucionalización del género que sitúa su inicio, no obstante, en los finales de la década de 1960. El presente trabajo, inscrito en una investigación mayor sobre la constitución histórica del testimonio literario en América Latina, muestra un fragmento importante de dichos comienzos: el papel de la Casa de las Américas, y especialmente de su premio literario, en la instauración del testimonio como modalidad legítima de la literatura latinoamericana. Proponemos, en particular, un análisis de *La guerrilla tupamara*, de María Esther Gilio, obra premiada en la edición de 1970 del certamen de Casa, la primera que incluyó la modalidad testimonial entre sus categorías genéricas. Veremos cómo el relato construido por Gilio delinea un destino necesariamente conjunto para Uruguay y Latinoamérica, en que la lucha política, y privilegiadamente, su vertiente armada, podría poner fin a la sobrevida de los subalternos del subcontinente. El texto formula una estrategia de unión entre lo literario y políticamente revolucionario que, bajo la certificación de prestigio otorgada por la premiación del órgano cultural cubano, buscaba sentar precedente en la constitución del *corpus* genérico.

I. *La guerrilla tupamara* compila una serie de notas que Gilio había publicado entre 1965 y 1970 en la prensa de Montevideo, mayormente, en el semanario *Marcha*. El montaje de las notas que permite integrar la narración testimonial libresco, exhibido en el ordenamiento de las partes periodísticas del relato, así como en las instancias paratextuales que las ensamblan: “Introducción”, título y subtítulos; rescribe cada microhistoria reportada como pieza necesaria del gran relato emancipatorio de Uruguay y Latinoamérica, al que el texto de Gilio provee una singular forma.

Para ese relato, la “Introducción” demarca un tiempo, un espacio y los partícipes de la acción. Un tiempo: *La guerrilla tupamara* diseña un pasado, un presente y un futuro, no solo por la historia que enlaza en tanto discurso narrativo, sino también por la otra Historia que escribe, el proceso de transformación de lo social en que se entretienen Gilio y sus tupamaros. Así, afirma la pieza introductoria que “Es a la luz del proceso histórico que pueden formularse algunas hipótesis interpretativas” sobre lo “incomprensible” e “insólito” del caso uruguayo (11)¹. La historia hace a la toma de posición sobre un presente, la lucha armada en Uruguay, cuyo resto indecible -la evanescencia de la contemporaneidad-, no impide sino motoriza la elocución. En tanto, la preparación del espacio resitúa aquello que en las notas de *Marcha* de Montevideo podía leerse como específica y nacionalmente uruguayo en el ámbito de lo que, además, es propiamente latinoamericano: “Uruguay se aproxima cada vez más al conjunto de naciones de Latinoamérica” (*id.*), nos indica la frase inaugural de la introducción.

En cuanto a los partícipes del relato -los sujetos de la historia-, su definición proviene de “la convulsión política y social de la violencia” (*id.*) que protagonizan los habitantes de la coordinada espacio-temporal, interpretada desde el marxismo, el interdiscurso científico-social

¹ En todo el trabajo, la obra de Gilio que constituye el *corpus* se cita en esta forma, con única indicación de número de página del texto transcrito. Asimismo, salvo indicación contraria, son nuestras las bastardillas en los fragmentos citados.

y político aprehendido por la dominante intelectual de los '60 latinoamericanos. Este provee a *La guerrilla tupamara* un vocabulario para la caracterización de quienes, en la sucesión de reportajes que sigan a la “Introducción”, harán la historia: el “proletariado” (13), la “burguesía” o la “clase dirigente” y la “clase media” (14), son los actantes de una sucesión de transformaciones que, aun en la particularidad múltiple que libran los acontecimientos históricos, resultan subsumibles bajo la noción unívoca de la “lucha de clases” (13).

Así circunscripta, la posición de enunciación del testimonio de Gilio: uruguayo, latinoamericano, revolucionario, añade a la matriz marxista interpretante de la historia el tono peculiar local de la teoría de la dependencia. De ella se desprendía el *fatum* político necesariamente revolucionario de los países de América Latina (Terán 2008: 288): “Uruguay, desde la conquista”, sigue diciendo Gilio, “se articuló —y sólo podía ser así— como país dependiente de las metrópolis alternativamente hegemónicas” (12). El país del cono sur ingresa pues en un destino de cariz determinista que se inició en la subyugación y ahora, necesariamente, invertirá los términos, de modo que en ese futuro imaginado colectivo se erijan en vencedores los vencidos, o para que, por fin, vaya a levantarse el pueblo:

La izquierda tradicional uruguayo había hecho un análisis correcto de la crisis [...]. Pero falló en las conclusiones y por lo tanto en la línea de su quehacer político. Sin embargo, *hubo quienes han sacado otras conclusiones de ese mismo análisis*. Y su praxis fue distinta. Tal vez han pensado que a la fuerza hay que oponer la fuerza y la astucia. Y que *la fuerza está en el pueblo, aunque éste no lo sabe. Hay que hacérselo saber*. Pero no con las tablas de la ley, *con su propia experiencia directa* (15).

El enunciado que pone un límite a la voz autoral de Gilio -se trata del cierre de la introducción del texto-, descansa en un procedimiento que podría pensarse como fundante de la genericidad testimonial latinoamericana: el pueblo se presenta como destinatario de un relato del cual, simultáneamente, es la fuente productora, puesto que el testimonio no tiene otro objeto que “su propia experiencia”. Esta posible paradoja: una operación enunciativa en que el pueblo “se habla así mismo”, se esclarece al considerar algunas de sus implicaciones, asimismo legibles en el fragmento citado. Por un lado, se revela allí que para el campo literario politizado de los comienzos de la década de 1970 se trataba no tanto de hacer emerger pueblo *a priori*, en tanto sujeto histórico esencial, sino más bien, de impulsar su construcción: la fuerza del pueblo podía derivar de su experiencia, pero esa potencia devendría acto solo en cuanto la materia experiencial se encomendara a un proceso de (re)significación, en que se construyera un saber subjetivo revolucionario. Y ello conduce a la otra implicación: para la realización del pueblo aún por venir se requería, además, la participación de otro sujeto que, ya bajo el conocimiento del papel político que tocaba a aquel como fuerza agentiva de la transformación revolucionaria, fuera a “hacérselo saber”: una voz interpelante que favoreciera el re-conocimiento del pueblo en ese crucial nombre histórico. Gilio se pone en la escena del texto bajo la figura de ese sujeto a quien, a la vez, dirige la exhortación: “Hay que hacérselo saber”, ley reguladora del quehacer literario en su fase testimonial, que la Casa promulgará cuando haga del texto de Gilio su obra premiada.

Fundado en esta operación, además, el testimonio transpone al discurso literario una posición de enunciación emergida primeramente en el campo político: el “cuadro”, como lo llamaba el Che en la carta que en 1965 remitía a Carlos Quijano -director de *Marcha* desde su fundación hasta su clausura-. Era el miembro ejemplar de la vanguardia del partido, abocado a

“dictar una cátedra” para la educación comunista de las masas². La labor educativa revolucionaria es, además, la misma que encaran los tupamaros desde su organización: la denominan “proletarización”, según uno de ellos narra en la última parte de *La guerrilla*, y se destina a “desarrollar en él [el hombre] el espíritu de camaradería, conciencia de autodisciplina” (197).

Es que el movimiento histórico escenificado en el texto se produce junto a la transfiguración del sujeto de la escritura: mientras hace el relato, Gilio se aproxima a la palabra tupamara, de modo que a una misma didáctica revolucionaria resulten finalmente dedicadas, juntas, la escritura literaria y la lucha política. El lugar enunciativo en que reposa la introducción, punto instructivo para la partida del recorrido lector, designa entonces, a la vez, un punto de llegada en la conformación de la voz literaria testimonial, al que se accede por pasos, en la seguidilla de partes que componen el relato.

II. La primera de esas partes, “Signos del deterioro”, pauta en su título el hilo de sentidos que entrelaza los cinco reportajes allí integrados. Son fragmentos del Uruguay de la segunda mitad de la década de 1960, mancomunados por la intensidad con que muestran vivir a la clase de los uruguayos en quienes la vida no es sino supervivencia: la clase, como ha dicho Agamben (2002: 162, 163), de los sujetos testimoniados, en especial comprendidos por la temporalidad violenta del breve siglo XX. Así lo exhibe la descripción de la Colonia doctor Berro, que abre el reportaje sobre el Consejo del Niño: “Parece una ciudad bombardeada, cruzada de tanto en tanto por un sobreviviente harapiento que mira entre curioso y desconfiado” (27, 28).

Ese instituto penal para jóvenes, y las pensiones geriátricas y los hospitales psiquiátricos retratados en los otros reportajes de la primera parte, son lugares donde “morirse es asunto de todos los días” (52). Emanan una sensorialidad de la muerte lenta de sus protagonistas que podrá llegar al narratorio testimonial vía la experiencia de la lectura. Para ello, las adjetivaciones, que configuran, en la afectividad axiológica desplegada en la escena narrativa³, el Uruguay “mortecino” (40), que al recorrerse se ve, en los colores desvalidos –todo es “gris” (39) o “pardusco” (42)- o en la destrucción de las formas -todo se ha “distorsionado”, “agujereado”, “roto” (*id.*)-. Se huele, en el aroma “nauseabundo” (39) impreso en los espacios. Se siente, toca, en el clima “frío” (38) que persigue el recorrido de la narradora, y que la distribución de las posiciones sociales propia de un *statu quo* prevé para quienes están en los desventajados márgenes: “[...] descubrí que el abrigo está generalmente distribuido de acuerdo con el estado mental de las enfermas. Cuanto más demencial su estado, menos frazadas” (46).

La reportera vive, percibe y fija en la memoria. Una que no podrá sino recordar, por el sinsentido o lo inhumano de las vidas sobre las que se atesta⁴, y también porque allí, en el descubrimiento de lo antes desconocido, la siniestra experiencia ajena se incorporará a la

² Así formula Guevara en la carta, publicada originariamente en *Marcha*, las figuras del cuadro y la vanguardia, propias de la teoría y la praxis revolucionaria marxista-leninista: “El Partido es una organización de vanguardia. Los mejores trabajadores son propuestos por sus compañeros para integrarlo. [...]. *El Partido es el ejemplo vivo; sus cuadros deben dictar una cátedra de laboriosidad y sacrificio, deben llevar, con su acción, a las masas, al fin de la tarea revolucionaria [...]*” (Guevara 1968: 23).

³ Seguimos aquí a Kerbrat-Orecchioni (1993: 112), en su conceptualización de los subjetivemas adjetivales afectivos y evaluativos.

⁴ Gilio representa al testimoniante tal como lo caracteriza Agamben (2002: 26): sujeto que “no puede sino recordar”, asaltado más allá de su voluntad por la presencia del recuerdo.

propia subjetividad, que pasará así a conformar una yuxtaposición –montaje, como el testimonio- de múltiples y heterogéneas ocurrencias vivenciadas: “Un olor que inexorablemente y para siempre se lineará en mi memoria, *junto al* olor a colegio, a ómnibus mojado, a casa nueva” (50), describe, gráfica y asumida, la voz de Gilio. Luego, cuando ella (re)interprete y escriba, delineará la semiología legible de un *pathos* social que aqueja solo a algunos, “los más débiles” (26), y que el poder no cura sino, sino, por el contrario, esconde engañosamente, y reduce a molestia. Como en el caso del psiquiátrico Etchepare: “¿El tratamiento que se hace aquí a los enfermos? En los hechos ninguno. La colonia es una forma de aislarlo. Radiarlo de la sociedad. En definitiva, lo que se busca es que no moleste [...] Eso es lo fundamental” (49).

III. Expuestos los signos del *pathos* uruguayo en el bloque inicial del texto, lo que siga mostrará maneras posibles de resignificarlo. La primera de ellas es emigrar, abordada en la segunda parte, “Uruguay, país de emigrantes”, con su único reportaje, “Un uruguayo que se fue”. El obrero especializado que lo protagoniza, interlocutor de la entrevista de Gilio, es un uruguayo entre los “muchos [...] que se van” (63) a Buenos Aires. Es el caso ejemplificador de una serie de iguales⁵ que, asediados por la muerte en su país de origen, “simplemente buscan sobrevivir: obreros, empleados sin ninguna especialización, prostitutas” (64). Traslado de una supervivencia hacia la otra que cruza el río, de la sintomatología uruguaya hacia la semajante de un país vecino, el intento migratorio se devela, así, insignificante en la reversión del deterioro social. “Nos llevan muertos” (71), reafirma el obrero, al caracterizar las condiciones en que se desarrolla su trabajo, idénticas “acá y allá” (*id.*), según refiere a la reportera.

La emigración, entonces, es el engaño hegemónico que descubría la primera parte del texto, asumido ahora como autoengaño. Es la solución del miedoso que niega su miedo, naturalizándolo bajo una modalidad del *deber ser* que perpetuará eternamente su posición: “Uno tiene miedo... [...] En estos días se viene la patrona... no quiero que haya ningún lío” (65), confiesa por un lado el emigrante, y se cubre luego: “Yo al trabajo *no le tengo miedo*. Trabajo lo que *haya que trabajar*” (67). El emigrante actúa una resignación en el imposibilista de los sentidos del término – el de un reiterado “qué quiere que le haga” (65, 70)-, y por lo tanto no consigue tramitar el *pathos* social. Más bien, demuestra su individualismo cuando reniega del colectivo, un *nosotros* nacional uruguayo, donde en cambio, desde la posición representada por la entrevistadora, se puede empezar hoy mismo a construir un futuro:

- “- [...] ¿Se trae a toda la familia entonces?
- Casi, casi... los viejos no, por la jubilación.
- Fantástico, así *aumentamos* el porcentaje de clases pasivas. En algo *vamos a ser* los primeros en el mundo.
- Bueno, no se la agarre conmigo. Yo *qué quiere que le haga...*” (70).

IV. Pero existe otra resignificación posible, genuina, según relata *La guerrilla tupamara*: la resistencia al poder desde la militancia política y la lucha armada, que, en lo que sigue de la narración testimonial, se le integra con fuerza apologética. La tercera parte del texto se titula:

⁵ Se cuestiona aquí, como en Ford (1999), la oposición tajante entre caso y *exemplum* que formulara Jolles (1972).

“... sí, la historia tendrá que contar con los pobres de América, con los explotados y vilipendiados, que han decidido empezar a escribir ellos mismos, para siempre, su historia” (75). Se consiente allí una voz política líder, guerrillera: la de Fidel en la Asamblea Nacional del Pueblo de Cuba de 1962⁶, mundialmente conocida como Segunda Declaración de la Habana. Ese material político crudo, al ser compaginado *a posteriori* en el testimonio, resulta en una cita-retazo que responde y reafirma el *sí* de la pronunciación de Fidel, pero también la recorta, para instalar la pervivencia presente del sentido demarcado primero por dicho líder. Así, no solo en el “ahora” inmediato de 1962—“*Ahora* sí, la historia tendrá que contar...””, había literalmente vaticinado Castro-, sino también en la actualidad de la enunciación, la irrupción del grito de los pobres iba a ser fatalidad irreversible, necesario desenlace de cualquier casual latinoamericana historia⁷.

La cita de Fidel no es solo transcripción de una palabra política devenida mito. También es el traspaso al soporte escrito de la enunciación oral siempre acallada —empobrecida, explotada, vilipendiada-, históricamente asociada a aquellos que, al comienzo sobrevivientes de Uruguay y Latinoamérica, encontrarán en este momento su oportunidad de finalmente vivir, de escribir y hacer su historia⁸. En la tercera parte del relato, esa oportunidad la ofrece un camino militante recorrido entre el movimiento obrero, las protestas estudiantiles y, finalmente, la lucha armada encarada por los tupamaros.

Son tres los reportajes incorporados al tercer bloque del texto: “Una huelga como Dios manda”, “Y mañana serán hombres” y “¿Qué son para usted los tupamaros?”. En el primero de ellos, el título adopta la voz testimoniante como literaria acercándola, a la vez, a la escucha del lector: la caracterización de un obrero entrevistado por Gilio sobre la huelga de la industria frigorífica de 1968⁹. El reportaje presenta entrevistas a hombres y mujeres obreros involucrados en la militancia sindical, como nuevas representaciones partitivas ejemplificadoras de un todo; fragmentos casuales, surgidos “al azar, sin elegir” (77), de la “unidad” que, según los propios testimoniantes, caracteriza más que nunca al movimiento de los trabajadores. Más desde el momento en que se ha conjuntado no solo a las luchas estudiantiles¹⁰, sino también al colectivo extenso del pueblo: “esa unidad fue lo más grande que tuvo esa huelga, cuando un gremio consigue que todo el pueblo entienda, consiguió lo más grande”, celebra “B.C.” (78), obrero del Frigorífico Artigas. Lo importante para él, como para la escritora de la “Introducción”, que ahor le toma la palabra, es hacer que el pueblo sepa.

⁶ Löwy (2007: 49) integra a este texto dentro de los documentos programáticos de la Revolución Cubana, fundacionales de la vertiente castrista del marxismo latinoamericano. Sobre su contexto histórico, véase León Arnaldo (2003: 48).

⁷ La inminencia insistente de un *ahora* revolucionario orientaba la pronunciación de la Segunda Declaración de La Habana: “*Ahora*, esta masa anónima, esta América de color, sombría, taciturna, que canta en todo el Continente con una misma tristeza y desengaño, *ahora* esta masa es la que empieza a entrar definitivamente en su propia historia, *la empieza* a escribir con su sangre, *la empieza* a sufrir y a morir [...]. *Ahora*, sí, la historia tendrá que contar con los pobres de América, con los explotados y vilipendiados, que han decidido *empezar* a escribir ellos mismos, para siempre, su historia” (Castro 1965: 323).

⁸ Sobre la matriz oral del testimonio y su vinculación a prácticas culturales de las clases subalternas, puede verse, entre otros, Achúgar (1992: 56) y Vich y Zavala (2004: 118).

⁹ Según De Touron y Landinelli (1984: 293), en 1968 la lucha sindical uruguaya se expone más marcadamente política, al comenzar a operar como vertebrador de los movimientos de resistencia surgidos en Uruguay en la década de 1960 .

¹⁰ Nos referimos a las reivindicaciones por el boleto estudiantil impulsadas por estudiantes uruguayos del nivel medio en mayo de 1968, de amplia resonancia pública. Véase al respecto Cores (1997).

El segundo reportaje imagina el futuro de la sociedad uruguaya en el retrato de quienes hoy son sus niños, estudiantes de la escuela primaria, “Y mañana serán hombres...” (91), según se titula el segmento. Allí, la reportera descubre frente a ella misma y los lectores “la clara conciencia que ellos tienen” del deterioro uruguayo (92), así como de que “la posibilidad de cambiarla puede estar también en sus manos” (*id.*). Los chicos se ven trabajadores, casi equiparables a los entrevistados en el capítulo anterior: hablan en primera persona de sus ocupaciones y salarios como si no mañana, sino ya, dependiera de ellos la (re)construcción de Uruguay. Son pequeñas partes integrantes de esa gran nación, cuya proyección hacia afuera y recorrido interior vuelve a presentarla, ahora con ojos de niño, como expresión inequívoca de la desigualdad social: “Somos un país pobre” (101), define uno de los estudiantes, mientras otro observa cómo algunos de sus pares “van a Punta del Este y otros no tienen plata para el ómnibus” (100).

No obstante, esa injusticia puede terminarse, fantasean los chicos. Unas pocas veces, desde la ingenuidad infantil que cree en el Estado como posible interlocutor de un diálogo —el que propone “mandarle cartas” (108) al gobierno—. Otras, las más, en el difícil pasaje de los párvulos personajes a una instancia enunciativa tan adulta como política, donde palabra y acción podrán erigirse juntas en la retoma recurrente del nombre del pueblo: “podemos hacer un levantamiento. ¿Un levantamiento? ¿Quién puede hacer un levantamiento? El pueblo ” (103), proponen, entusiastas, los uruguayitos. Y allí, el MLN-Tupamaros representa el modelo de mayor y revolucionario, ideal de *yo* que orienta a los niños uruguayos, prócer del presente como antes lo fue el “buen jefe” Artigas (*id.*), que les provee un ejemplo a seguir: “se puede hacer un rapto como a Pereyra Reverbel” (108), arriesga uno, para que otro esclarezca: “como hicieron los tupas” (109).

Finalmente, “¿Qué son para usted los tupamaros?” transita hacia el segmento último del texto, en que la organización guerrillera habrá de tomar la palabra. Aquí, antes, aparece por la mirada de otros: habitantes de zonas rurales y urbanas del departamento interior de Maldonado, cuyo desconocimiento completo sobre el movimiento había constatado previamente la cronista, según explica al inicio. El panorama aparece diferente, sin embargo, pasada la toma del casino San Rafael de Punta del Este, operación espectacular, e incluso de tono artístico, como la han caracterizado algunos¹¹: no hay quien no sepa de la existencia del MLN entre los múltiples consultados. El reportaje muestra así la creciente visibilización pública de la organización, pero además, deja entrever la subjetiva axiología con que la cronista clasifica las valoraciones políticas de los testimoniantes sobre los tupamaros: “Para mí, son igualitos a los primeros cristianos”, festeja el jubilado B.C. (126), y es él quien, en la compaginación literaria de las voces que *están ahí*, lleva la última palabra.

V. Todavía el testimonio de Gilio se mostrará más claramente tupamaro en su cuarta y última parte, titulada “Hemos dicho basta...”. El título consolida la unidad político-literaria históricamente constitutiva de la genericidad testimonial, así como los múltiples desplazamientos de sentido que la escenificación literaria opera, al tematizarlo, sobre el campo político. En efecto, el *nosotros* testimonial que titula la finalización del texto se conforma en otro movimiento que describe su enunciación literaria, cuando reimplanta al discurso político en su escena: nuevamente, el de Fidel Castro en la ya citada Segunda Declaración de La Habana. “Porque esta gran humanidad ha dicho ‘¡Basta!’ y ha echado a andar” (Castro 1962: 323), había

¹¹ Las operaciones políticas de los tupamaros se focalizaron inicialmente en la ciudad capital uruguaya y buscaron extenderse después hacia el interior del país (Labrousse 1971: 212). Sobre la caracterización de las acciones tupamaras como artísticas, véase Longoni (2009: 2).

proclamado el líder del gobierno cubano, próximo al proceso revolucionario que en 1962 concernía, allí en el lugar del discurso –según afirma la deixis espacial-, a la “gran humanidad” latinoamericana; pero, a la vez, por ser su portavoz, distante de esa acción violenta, ahora encarnada en lo general del “pueblo” al que reunía, como destinatario, el dispositivo enunciativo de la Asamblea¹². La traslación operada por Gilio reemplaza la generalidad no personal del colectivo humano aludido por Fidel para convertirlo en sujeto de una palabra literaria, presentada política en cuanto no habla sino por el “todos nosotros” latinoamericano que, si ya ha dicho, sigue presente diciendo “basta”¹³.

Anticipada de esa manera, la parte final del testimonio de Gilio incluye cuatro reportajes que narran la experiencia histórica reciente del MNL-Tupamaros. Quizás sea el primero de esos relatos, “Con la bala en la recámara”, el más grande entre todos ellos, incluso desde la posición de la lucha revolucionaria que *La guerrilla tupamara* buscaba promover. Por un lado, por las resonancias revolucionarias cubanas de la materia histórica que es su punto de partida: la operación de Pando, realizada en el segundo aniversario de la muerte del Che, a modo de homenaje¹⁴. Pero además, el reportaje descolla por el procedimiento discursivo que reinventa ese acontecimiento, para que sea allí donde la voz de la reportera y los reporteados-guerrilleros se con-fundan con más fuerza, como si ya no hubiera distancia entre dispositivos literarios y políticos de la lucha revolucionaria. “A las diez de la mañana”, despunta el texto, “Antonio y yo subimos al ómnibus” (129). Y si la escena de enunciación hasta entonces configurada puntuaba nítidamente -con rayas de diálogo- los sitios de la entrevistadora y los entrevistados, ahora, en cambio, dos voces se han fundido en una: ¿es ella, la reportera, Gilio, la que participa como *yo* en ese insistente *nosotros*?, podrá preguntarse el lector, sumido en una incerteza que acentúa la tensión narrativa. Cuando llegue, la respuesta del texto será negativa: se trata de otro tupamaro, Pedro, que junto con Antonio viaja hacia el punto de encuentro. Pero una irreversible unión se ha producido; la unidad de la que hablaban antes los obreros, que ahora, a su conjunción con los estudiantes y el pueblo, integra también a la organización revolucionaria y la escritora. El texto podrá volver a su forma de entrevista, pero solo por momentos en este reportaje, donde, acaso más literariamente que nunca, predominan segmentos en que o bien un *yo* tupamaro ocupa la escena de enunciación, o bien es asumido en discurso indirecto libre por la voz reportera que, casi convertida en cuentista ahora, le ha tomado la palabra. Acaso en ese cuento atrapante que es también documento surja con fuerza a la vez estética y revolucionaria, la posibilidad de *hacer saber* al pueblo¹⁵.

Los reportajes que siguen presentan entrevistas a tupamaros realizadas durante su estadía en prisión. Así “Reportaje a un tupamaro” dialoga en la cárcel con *un* miembro de la organización guerrillera, indefinido y sin nombre. Porque, dice él: “no interesa. Los nombres no interesan”; lo que interesa, en todo caso, es “la organización” (183). Así, el renombre literario de una palabra testimonial política, que operarán primero la escritora y luego su premiación en la Casa,

¹² El *portavoz*, según Pêcheux (1982), se instituye enunciativamente en una relación doble de identificación con el grupo que representa, donde participa como igual, y distinción, en tanto se destaca del resto como el centro visible de un nosotros en formación.

¹³ Remitimos a Benveniste (1986: 164) en su definición opositiva de la tercera persona como “no persona”.

¹⁴ La operación fue caracterizada como un fracaso militar (Labrousse 1971: 139) porque culminó con la muerte de tres militantes del MLN y el encarcelamiento de aproximadamente treinta. Para Labrousse (*íd.*), mostró las dificultades de llevar la guerrilla hacia el exterior de Montevideo.

¹⁵ La operación de Pando buscaba, según documentos de la organización, “hacer una demostración de fuerza y de posibilidades, tal que alentara las luchas de nuestro pueblo y a la vez señalara un camino y una posibilidad con hechos tangibles” (M.L.N. Tupamaros 1971: 137).

va imbricado otra renominación, la que hace a la subjetivación política del testimoniante: ese proceso por el cual quien habla deja de llamarse por nombre y apellido, por un nombre propio, y pasa a ser solo “tupamaro”, designación común a un colectivo de lucha cuya voz política porta en su singularidad. Es esa comunidad discursiva la que compromete al tupamaro en la toma de la palabra, y de hecho, la hilación de preguntas-respuestas va tejiendo un manifiesto programático de la organización armada, reescritura de experiencias pasadas que, en el indeciso lapso que escinde pasado y presente, supieron conformar su actual *nosotros*. Hubo así un material: “la clase obrera era nuestra cantera natural” (190, 191), una fuerza para su trabajo: “nos unió [...] la voluntad de crear un aparato para la lucha armada” (189), y un sentido hacia donde encauzarla, porque “el objetivo final era el socialismo” (*id.*). Pasado-presente que demarca la encrucijada histórica cuya salida es posible “solamente por la lucha revolucionaria que tenga por objetivo ascender al poder” (191), es decir, en la puesta en marcha de ese manifiesto tupamaro, plan político que podrá accionarse en la inmediatez de la vida que siga a la lectura. Entonces el testimonio volvería a ocupar el lugar de posible encuentro entre la voz del tupamaro y la del pueblo, siempre con la mediación de la reportera, asunción una voz revolucionaria que, ahora sin éxito, ha querido ser privada de la facultad de hablar por él mismo y los suyos otros.

En efecto, para la reportera, tomar la palabra tupamara significa situarse en un lugar en principio extraño, el del entrevistado, con los entendimientos y los equívocos que ello simultáneamente implica. Así, si antes había el saber compartido, decires mutuamente reconocibles, en este otro momento del texto surge la incomodidad del acercamiento siempre imprevisible hacia lo ajeno:

Me había propuesto interrogarlo, investigarlo, cuestionarlo, rastreando los rasgos que señalaban a aquel hombre como un revolucionario. Pero yo fui la interrogada, la cuestionada. Mis preguntas eran contestadas con preguntas; mis respuestas desarmadas sin esfuerzo. Los argumentos con que intentaba justificar e imponer la entrevista siempre desbaratados. Tan desigual enfrentamiento -durante el cual estuve siempre imposibilitada de tomar una nota- evidenció de un lado a un hombre al que no convencían ni perturbaban cárceles o periodistas, por más obstinados que éstos fueran, y del otro a un periodista obstinado, que víctima de su propio juego se hundía en fastidiosos exámenes de conciencia. (182, 183).

El pasaje revela la constelación de sentidos diagramada por la enunciación testimonial o, más bien, su necesaria *co-enunciación*¹⁶: allí, donde el dialogismo que nos es constitutivo deviene al espinoso terreno de lo real, en cuanto por fin se hace diálogo, surge el espacio para, aun por un momento equívoco -doblemente ocasión de contacto y desfase, dolor y placer-, resultar ser otro. Un lugar preparado para el encuentro, que descoloca cuando depara “exámenes de conciencia”, que mueve la palabra hacia fuera de su preestablecido espacio “propio”, y que aquí cobra forma en la intersección dinámica de quien emite las preguntas y quien las recibe y responde -la entrevistadora-el entrevistado-, la ley y una ruptura -la abogada-el subversivo preso-, aquel que habla -un hacer-decír político- y el que escribe -la letrada-. Así, habrá

¹⁶ Seguimos a Culioli, para quien todo acto enunciativo es co-enunciativo: “Reducir la enunciación únicamente a la producción y el enunciadore al hablante, es [...] no comprender que el enunciado no tiene sentido sin una doble intención de significación en los enunciadore respectivos. Estos últimos son *a la vez* emisor y receptor, no solamente en forma sucesiva, sino en el momento mismo de la enunciación” (Culioli 2010: 178, destacado del autor).

siempre los desencuentros o los *peros*, como el que señala el tupamaro en relación con el alcance de la organización a “la gente” (195) que todavía no se ha convertido en pueblo:

Yo diría que hay un comienzo de comprensión de nuestra línea en el sentido de que la solución solo la dará la lucha armada. Pero... pienso que tenemos que hacer llegar al individuo los lineamientos que le permitan comprender el sentido de esa lucha. Hemos creado la expectativa y la avidez de saber quiénes somos y a dónde vamos. Ahora nos toca demostrar que tenemos una idea clara de cómo se lleva a cabo una lucha revolucionaria (195).

Se exhibe en la declaración la equivocidad de la tarea tupamara, cuyo ideal de lucha revolucionaria podía perder “claridad” al “llevarse a cabo” en acciones concretas, siempre sujetas a las contingencias del devenir histórico; pero también la del diálogo entre los tupamaros y ese “individuo” uruguayo que dista aún de comprenderse como sujeto político de una transformación social radical. Pero, aún así, para el tupamaro y la entrevistadora que recoge su palabra, la construcción colectiva del futuro, que al testimoniante “toca” por designio fatal, en las heridas abiertas de su cuerpo violentado, sigue echada a andar: detectadas las imposibilidades, no hay en el espectro de la imaginación revolucionaria impedimento alguno para su ser posibles¹⁷.

La complicidad entre Gilio y los tupamaros, esa en que la palabra de uno va volviendo la misma del otro, se torna jurídica al asumir aquella la defensa de algunos miembros del MLN presos, trayecto vital del que resulta “Torturas”. Integrado por entrevistas a cinco tupamaros presos y torturados, el último reportaje de la narración testimonial reanima su intervención didáctica, cuando, al iniciarse el texto, la escritura se propone (hacer) “saber del miedo que un sistema tiene de las fuerzas que comienzan a devorarlo” (199). Así, tal como los partícipes del gran relato de la revolución son configurados en el discurso testimoniante, quienes tienen miedo no son los tupamaros encerrados, que aún víctimas de la violencia de Estado, hablan “sosegadamente [...], con la calma del que cuenta hechos vividos por un tercero apenas conocido” (*íd.*). Al contrario, son los otros, los del “sistema”, quienes tienen miedo a las “fuerzas” de la lucha revolucionaria: el Estado uruguayo del miedo, como lo ha llamado Cores (1997), no es tal solo porque a lo largo y ancho de América Latina siembra el terror entre sus víctimas; sino más bien porque, como ya se había oído de Fidel, a ellos, al enemigo, “Los une y los concita el miedo [...] a la revolución latinoamericana” (Castro 1965: 304). Esto es, por el pavor que ocasiona lo real de una potencia revolucionaria que ha devenido acto en el Uruguay de los finales de la década de 1960.

A los tupamaros que representan tal acción, así, no los detienen las experiencias traumáticas transitadas en la estadía en prisión: ni el dolor “diferente a todos, completamente inédito, mucho más... doloroso” de la picana (204), que deja a la víctima “medio inconsciente” (211), ni el sadismo de los que ejecutan la tortura como diversión, bailando mientras tanto el *Twist*. A los tupamaros, de hecho, todavía les quedan “fuerzas para resistir, resistir...” (*íd.*). Una fuerza que no es otra sino la de la revolución que todavía está por hacerse, y que da un sentido a vivir

¹⁷ Situada en el orden de lo imaginario (Badiou 2010: 22), la idea del comunismo, así como en los '60-'70 la de la revolución, “nos ordena que luchemos por realizarla sin complacencias ni demoras, aun antes de que los medios para tal realización se consideren factibles, legítimos o siquiera ‘posibles’. El esfuerzo deliberado en pos de la realización misma *convertirá lo imposible en posible y hará volar en pedazos los parámetros de lo factible*” (Hallward 2010: 107).

incluso en el momento increíble, sinsentido, que comprende el pasaje por la tortura. Como ocurre con Enrique Osano, quien porta, en la prevista compaginación del material testimonial, la última palabra del relato:

“- [...] Sentía la aguja que pasaba, la sien que me latía y un hilo de sangre caliente que me surcaba la cara.

- ¿Y qué pensaba?

- ¡Ahora sí que no me va a creer! Pensaba en todas las cosas que llevan a un hombre a hacerse revolucionario.

- Y eso le servía...

- Sí, me servía” (247).

No hay representación de la palabra de Gilio que reafirme, reoriente o repregunte al tupamaro preso y torturado, porque este y los otros testimonios de la violencia de Estado hablan por sí solos: la voz de la reportera se limita a hacer las preguntas, o, más llanamente, deja hablar a sus entrevistados. Acaso, oyente de la inhumanidad a que han querido ser reducidos los testimoniantes, se ha quedado sin voz que valga, como en la entrevista a Martínez Platero, sobre la cual, afirma la reportera, solo ha conservado “sus respuestas y no mis preguntas” (209). Así, el testigo histórico latinoamericano, en cuyo cuerpo se inscribe la imposible cicatriz del atentado del poder, se habría quedado, como lo señaló Ricoeur (2004: 214), en soledad, carente de una audiencia capaz de interpretar lo extraordinario de su experiencia. Pero, frente a esta otra imposibilidad, el testimonio plantea una alternativa posible: cede el paso a un habla ajena, registra, transcribe: asume las voces íntegras, siempre algo incomprensibles, de esos otros que han atestado y, al montarlas en su escritura, como pruebas fehacientes de una misma versión de los hechos –la que permitirá siempre, en aquel presente y el futuro, seguir reiniciando la revolución-, las convierte en el documento histórico y literario¹⁸ que resultará, finalmente, legalizado por el premio Casa.

Bibliografía

Achúgar, Hugo 1992 “Historias paralelas / historias ejemplares. La historia y la voz del otro” en *Revista de crítica literaria latinoamericana* (Lima y Pittsburgh) N° 36.

Agamben, Giorgio 2002 (1998) *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo sacer III* (Valencia: Pre-textos).

Arfuch, Leonor 2010 *La entrevista, una invención dialógica* (Buenos Aires: Paidós).

Badiou, Alain 2009 *El siglo* (Buenos Aires: Manantial).

¹⁸ Como una de las fases de la operación historiográfica, el pasaje del testimonio a la prueba documental implica, para Ricoeur (2004: 189 y ss.), no solo un desplazamiento del campo de la oralidad al de la escritura que surge en la puesta en archivo, sino también la confrontación entre distintos testimonios sobre un mismo hecho, que, según el autor, es “el principal, si no el único recurso a veces”, para conocer si algo ocurrió (Ricoeur 2004: 191).

- (2010). "La idea del comunismo" en Hounie, A. (comp.) *Sobre la idea del comunismo* (Buenos Aires: Paidós).
- Benveniste, Émile 1986 (1966). *Problemas de lingüística general I* (México: Siglo XXI).
- Beverley, John 1991 "Through all things modern'. Second thoughts on testimonio" en *Boundary 2* (Durham), Vol. 18, N° 2.
- Borón, A., Amadeo, J. y González 2006 (comps.) *La teoría marxista hoy: problemas y perspectivas* (Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales).
- Castro, Fidel 2004 *40 años de discursos-diálogos* (La Habana: Nuestra América).
- 1965 (1962) "II Declaración de La Habana" en *El partido marxista-leninista* (Buenos Aires: La rosa blindada).
- Cores, Hugo 1997. *El '68 uruguayo. Los antecedentes. Los hechos. Los debates. (Montevideo: Banda Oriental).*
- Culioli, Antoine 2010 *Escritos* (Buenos Aires: Santiago Arcos).
- De Touron, L. y Landinelli, J. 1984 "50 años del movimiento obrero uruguayo" en González Casanova, P. (coord.) *Historia del movimiento obrero en América Latina* vol. 4 (México: Siglo XXI).
- Donas E. y Milstein, D. 2002 "Producción artística, mediaciones y cambio social: reflexiones sobre la canción popular montevideana (1962-1999), IV Congreso Latinoamericano para el estudio de la música popular. Ciudad de México, 2 al 6 de abril de 2002.
- Ford, Aníbal 1999 "La exasperación del caso" en *La marca de la bestia* (Buenos Aires: Norma).
- Gilio, María Esther 1970 *La guerrilla tupamara* (La Habana: Casa de las Américas).
- Guevara, Ernesto 1968 *Obras completas 2* (Buenos Aires: Ediciones del Plata).
- Hallward, Peter 2010 "Comunismo del intelecto, comunismo de la voluntad" en Hounie, A. (comp.) *Sobre la idea del comunismo* (Buenos Aires: Paidós).
- Jolles, André 1972 (1930) *Formes simples* (París: de Seuil).
- Kerbrat-Orecchioni, Catherine 1993 (1980). *La enunciación. De la subjetividad en el lenguaje* (Buenos Aires: Edicial).
- Labrousse, Alain 1971 *Los tupamaros. Guerrilla urbana en el Uruguay* (Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo).
- León Arnaldo, Silvia 2003 *Breve historia de la Revolución Cubana* (La Habana: Instituto Cubano del Libro).
- Longoni, Ana 2009 "En torno a una lectura polémica: los Tupamaros y su inclusión en el arte conceptual latinoamericano". III Jornada Académica "Partidos Armados en la Argentina de los Setenta". Centro de Estudios de Historia Política, Escuela de Política y Gobierno, Universidad Nacional de San Martín. General San Martín, 24 de abril de 2009.
- Löwy, Michael 2007 (1982) *El marxismo en América Latina [Antología]* (Santiago de Chile: LOM).
- M.L.N. Tupamaros 1971 *Actas tupamaras* (Buenos Aires: Schapire).
- Pêcheux, Michel 1982 "Delimitações, inversões, deslocamentos" en *Cadernos de Estudos Lingüísticos* (Campinas) N° 19.
- Ricoeur, Paul 2004 (2000) *La memoria, la historia, el olvido* (Buenos Aires: FCE).
- Terán, Oscar 2008 *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales* (Buenos Aires: Siglo XXI).
- Vich, V. y Zavala, V. 2004 *Oralidad y poder: herramientas metodológicas* (Buenos Aires: Norma).